ver aquel rostro flaco, congestionado, mientras las manecillas descarnadas y largas se agarraban ansiosas de la mesa.

Por fin, no había vuelto á la escuela.

La última vez que la ví, fué en la calle. Regresaba yo con mis discípulas de un paseo.—¡Qué contentas estaban las chiquillas, corriendo y gritando por la polvorienta carretera!—Rosario venía con su madre. Todas la rodeamos. Yo sentí una inmensa pena al verla. Pronto se nos va—pensé—la enfermedad está ya acabando de comérsela.

El contraste hacía sentir deseos de llorar. Me pareció un pajarillo herido entre una bandada de los suyos que aleteaban y cantaban.

—Adiós, me dijo, con su voz débil, estrechando mi mano entre las suyas calenturientas.

Nos alejamos. Yo volví el rostro varias veces para mirarla. Jamás la olvidaré: claudicaba tras su madre... La figurita doliente se perdió á lo lejos...

*
* *

Hasta aquel doloroso día en que el lugar vacío en un banco me decía con su lenguaje sin voz que su pequeña dueña dormía en el cementerio, no comprendí cuánto me eran queridas las chiquillas que tenía ante mí.

Mis ojos las acariciaron llenos de amor.

Primero á Graciela, la descamisadilla encantadora, con su faldita tan seria y su pequeña camisa que le dejaba los brazos y el cuello desnudos. Pobrecita! Ese día su rostro picaresco, estaba triste. Sus ojitos parlanchines, mudos...

Más allá, como un gironcillo de noche, la cabeza de Emily, la *chumequita*, como por cariño le dicen algunas veces sus compañeras, con la cara grave y los ojos húmedos, llenos de melancolía. Rosa, aquella morena liberiana, tan simpática, la más inteligente de todas, no enseñaba como de costumbre la mazorca brillante de sus dientes blancos. No se oía la charla de pajarillo de Clara ni las risitas sofocadas de Ana María. Todas... todas habían enmudecido. ¡El lugar vacío! ¡La compañera ida!

Fuimos á verla muerta!

En medio de la sala de paredes ahumadas y techo ennegrecido, estaba el ataud blanco y dentro de él Rosario. Le habían puesto un vestido de una tela brillante que hacía más visible la tristeza de su rostro envejecido por la enfermedad. Ciñéndole la frente, tenía una corona de rositas blancas. La luz amarillenta y temblorosa de una vela, caía sobre la descarnada faz y hacía pasar sombras por ella.

La madre hablaba mucho, con un tono monótono, sobre la enfermedad de su hija. Su dolor no parecía muy grande. Era una mujer pálida, delgada; seguramente estaba muy enferma. El padre tenía el rostro hinchado y olía á alcohol. A un lado del ataud jugaban los hermanos de Rosario. Eran unos chiquillos anémicos, tan tristes como ella.

Yo sentí deseo de gritar á aquellos padres: ¿con qué derecho hacéis hijos así? ¿No véis que es carne con que se alimenta la miseria?

A través de la puerta abierta veía el cielo gris dejando caer sin cesar hilos de lluvia.

Yo pensaba obstinadamente: esta noche Rosario descansará bajo la tierra y la lluvia tecleará sobre ella su música monótona.

*
* *

La campana sonó. Las niñas se levantaron riendo y jugando. Yo las miré salir, mientras mi pensamiento estaba en un rinconcito del cementerio, cubierto de brotes de hierba, bajo el cual descansa Rosario.

CARMEN LIRA *

---

* Es este el nombre literario de Marisabel Carvajal, el más delicado de nuestros pensamientos femeninos.